

Oliver Kozlarek, *Modernidad como conciencia del mundo*, México, Siglo XXI/UMSNH, 2014, 336 pp.

JONATHAN MACOTELO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Es difícil plantear con mayor franqueza la afirmación siguiente: “Hoy todos los humanos compartimos un mismo mundo”. La prueba de semejante afirmación se nos muestra con contundencia en las experiencias cotidianas. Esta es la base –nos lo dice su autor– desde la que se escribe *Modernidad como conciencia del mundo*. La declaración no es menor, su relevancia se encuentra en que a partir de ella se puede establecer un diálogo con algunas teorías sociales y culturales actuales, y en que además es punto de partida para una serie de revisiones y propuestas de los conceptos de modernidad y humanismo.

A lo largo de once apartados, Kozlarek traza el camino para la consideración de una teoría social de la modernidad global. El argumento discursivo recorre un amplio trecho de lo que podríamos llamar una “revisión crítica de antecedentes” que incluye entre sus puntos de paso a las teorías de la modernización surgidas al finalizar la Segunda Guerra Mundial –aparecidas principalmente *desde* Estados Unidos y *hacia* los países llamados “subdesarrollados” o “del tercer mundo”–, así como a los debates más recientes del posmodernismo, la globalización, las *multiple modernities* y el poscolonialismo. Esta revisión se extiende también hacia el panorama de la sociología académica y los estudios culturales latinoamericanos y mexicanos, para culminar en cierto modo con lo que el autor llama “una crítica cultural que desborda los ámbitos de la sociología académica” (p. 189), crítica que ve en la figura de Octavio Paz uno de

sus representantes más notorios. Este amplio trabajo de revisión crítica sirve al autor como marco para proponer el concepto de modernidad como conciencia del mundo.

El libro se nos presenta pues como un amplio y erudito registro y revisión de los fundamentos epistemológicos y filosóficos generales de la sociología contemporánea, y como un proyecto para la elaboración de una renovada perspectiva crítica no eurocéntrica de nuestra autocomprensión como habitantes del mundo. Dicho esto, no haré aquí una revisión minuciosa del recorrido argumentativo del libro pero sí procuraré esbozar algunas notas sobre dos aspectos. Usaré las siguientes líneas para exponer la perspectiva que Kozlarek tiene de las nociones de *conciencia del mundo* y de *humanismo*. Estos conceptos son, creo, dos de los ejes principales sobre los cuales la revisión de antecedentes llevada a cabo en el libro tiene su articulación y sentido efectivo hacia una propuesta de una ciencia social de horizontes renovados.

Conciencia del mundo vs. cosmopolitismo

Kozlarek distingue dos “actitudes” instaladas en el interior de la modernidad: el cosmopolitismo y la conciencia del mundo. La revisión crítica del cosmopolitismo le servirá a Kozlarek para apuntalar la propuesta de una conciencia del mundo como apuesta de aproximación sociológica. Bien, pero ¿qué distingue la perspectiva cosmopolita de la perspectiva de conciencia del mundo?, y ¿por qué “apostar” por la conciencia del mundo?

Kozlarek expone un perfil del cosmopolitismo como proyecto racional político derivado de la Ilustración, un proyecto que preconiza la estabilidad como principal virtud del orden social europeo. En este sentido, el cosmopolitismo debe entenderse como materialización del impulso cartesiano por “la construcción de un orden universal que tendrá la finalidad de reglamentar los asuntos humanos de acuerdo con leyes racionales claramente definidas —a saber, tanto lo político-social como lo cognitivo-

intelectual—” (p. 38). En este punto debemos prestar atención al hecho de que el cosmopolitismo como proyecto civilizatorio hacia la modernidad también podría definirse como la respuesta europea a la crisis que comenzaba a padecer el sistema colonial durante el siglo XVII (cuando ocurre un descenso en los beneficios de las colonias ultramarinas). A partir de esto, señala Kozlarek, siguiendo a Stephen Toulmin, podemos descubrir en la actitud cosmopolita una coartada para la justificación de la dominación europea del mundo: se trata de la coartada ideológica del sistema colonial europeo. El cosmopolitismo no es inocente.

Ahora bien, la noción de conciencia del mundo tiene su precursor en Alexander von Humboldt quien ve en la modernidad no un proceso imparable dirigido hacia una finalidad abstracta (verbigracia, “el avance de la humanidad”), sino hacia la posibilidad de creación de una red planetaria de relaciones. La propuesta humboldtiana destaca como una alternativa epistemológica que no procura una orientación en el eje del tiempo lineal, sino que se dirige al ámbito del espacio; dicha alternativa conlleva a su vez una reprogramación que afecta la conciencia de la diferencia: mientras que el enfoque epistemológico temporal tiende a las nociones de lo único verdadero, lo absoluto y lo apodíctico; el enfoque epistemológico del espacio tiende a las nociones de complejidad y contingencia.

Humboldt, apunta Kozlarek, comprendía que la modernidad europea no era la única (esta comprensión devino en el rechazo político de este proyecto pues el “cosmopolitismo” humboldtiano no era compatible con el nacionalismo en boga). Para Humboldt el mar intercontinental no es un mar de conquista sino un símil de Mar Mediterráneo como “puente para la integración de lo necesariamente distinto”. En efecto, el proyecto humboldtiano es signo de una voluntad de totalidad, una extraordinaria aspiración de conocimiento del mundo en el sentido planetario. Y el ímpetu de semejante empresa configura otra de sus características: su necesidad de lo otro. El programa humboldtiano de reconstrucción abarcadora del mundo es tan ambicioso que reconoce su necesidad de colaboración, de tal modo que “la producción cultural estética de la ima-

gen del mundo sólo puede entenderse como empresa políloga, en la cual las aportaciones del mayor número posible de personas van formando una red de comunicación intercultural alrededor del mundo”.

Kozlarek retoma de Ottmar Ette dos características de la ciencia desde la perspectiva de una conciencia del mundo: es transdisciplinar y es intercultural. En la primera característica (la transdisciplinariedad) estaría implicado el reconocimiento del valor de conocimientos de fuentes diversas, la importancia del diálogo entre ciencias del espíritu y las ciencias naturales, y un modelo humanista enfocado en “grado máximo” en la experiencia. Bajo esta perspectiva podemos entender a Humboldt no como un “racionalista dedicado a las abstracciones”, sino como un coleccionista y sistematizador de experiencias. Pero ¿es posible sistematizar todo el conocimiento del mundo? Las experiencias posibles desbordan al individuo y a la sola disciplina, de ahí que sea necesaria una producción colectiva del conocimiento, y entonces no sólo una transdisciplinariedad sino también una intersubjetividad del conocimiento, una interculturalidad.

Como es sabido, el presente siglo experimenta un renacimiento del cosmopolitismo, de ahí la relevancia que hay en recuperar los antecedentes históricos de la noción y para confrontarla con ese otro proyecto interrumpido de modernidad, la modernidad como conciencia del mundo. Kozlarek nos recuerda que tanto el cosmopolitismo clásico como el actual niegan las experiencias y proponen un modelo de comprensión que funda su generalidad en un sustrato extra humano, en una representación. Y aunque si bien la representación parece ser inevitable, comenta Kozlarek, ésta debe ser complementada con la experiencia, no sólo individual, sino de todos quienes habitamos el mundo. Esta es, justamente, la propuesta de una comprensión de nuestra situación actual como “conciencia del mundo”. Así pues, a diferencia de lo que propone el cosmopolitismo, “para comprender el valor de nuestro mundo moderno común deberíamos de una vez empezar por escuchar a quienes hasta la fecha no han sido tomados en cuenta a causa de su procedencia geográfica” (p. 57).

Necesidades y posibilidades del humanismo

La transición entre siglo XX y siglo XXI encontró al pensamiento contemporáneo situado entre la decadencia general del concepto de lo humano (*cf.* Niklas Luhmann, el poshumanismo, la crítica poscolonial, etcétera) y consecuentemente con la imposibilidad de volver a articular un humanismo. En este panorama Kozlarek advierte que sólo sería sensato despedirse del humanismo si el “abandono del hombre (...) fuera un asunto ya concretado”. De otro modo, las ciencias sociales y culturales deberían actuar recordando la tradición humanista pero con precaución, es decir, sin seguirla a ciegas. La historia del humanismo, nos recuerda Kozlarek, ha sido siempre la historia de una apuesta por la incertidumbre, una apuesta por el *hombre* “a pesar de, o, precisamente, debido a sus ‘defectos’ y deficiencias. ¿Acaso no podemos seguir entendiéndonos, o bien, volver a entendernos hoy en día sobre esa base?” (p. 120).

Para Kozlarek la crisis que actualmente enfrenta el humanismo se manifiesta en dos reacciones contrarias: el rechazo de éste, por un lado; y por el otro, la radicalización que conduce a la necesidad de pensar de nuevo el concepto de hombre (que es una de las vías por las cuales cierta crítica poscolonial encamina su argumento). Confrontar estas dos reacciones no sólo es urgente, sino que debería ser una brújula para orientar el trabajo de las ciencias sociales y culturales del siglo en curso.

Pero bien, ¿cómo defender un humanismo ante la evidencia un atroz siglo XX que “comprueba” su fracaso? O como mejor lo dice el autor: “¿se puede confiar todavía en el humanismo, históricamente coincidente con las culturas de la aniquilación? [...] ¿acaso el humanismo europeo u ‘occidental’ no es corresponsable del fracaso de la *humanidad* en el siglo XX?” (p. 121). Ante estos ataques que enfrenta el humanismo, Kozlarek suscribe la imperiosa necesidad de no abandonar, precisamente, ante semejante experiencia de deshumanización, y por ello retoma un cúmulo de ideas de distintos autores (Walter D. Mignolo, Jörn Rüsen, Lorenzo C. Simpson, Edward W. Said) para con ellas replantear la propuesta de

un humanismo intercultural, un humanismo que siga representándose como un *unfinished project* y, en suma, declarar la necesidad de un “viraje humanista”, aun a pesar de la sospecha que conlleva –lo reconoce con sagacidad el autor– la etiqueta de “viraje” o *turn*.

Un viraje humanista no debe ser un viraje radical y categórico, debe considerar con primordial importancia “la comparación y el diálogo”, no sólo entre tradiciones humanistas occidentales, sino primordialmente con tradiciones distintas a éstas. Así mismo, un viraje humanista no debe procurar establecer invariantes antropológicas, sino, por lo contrario, “aprender de las experiencias que los seres humanos hemos tenido en todas partes del mundo” (p. 123). En este punto (y siguiendo los pasos del Edward W. Said) Kozlarek subraya que la comprensión del hombre no puede ser sólo racional sino que deber ser también práctica, y que debe así mismo estar basada en una relación distinta con el mundo, es decir, que debe constituirse como un humanismo, que sea “una especie de reflexión sobre las dotes de mundo, prácticas y creadoras, que posee el hombre”, de tal modo que la reflexión no consista “en una contemplación sin objeto, sino en la inspección de las obras que los seres humanos hemos producido en todas partes del mundo” (p. 126). Este enfoque humanista debe determinar el quehacer científico de lo social y lo cultural.

Modernidad como conciencia del mundo es –lo hemos señalado antes– un trabajo de erudición reconstructiva que muestra de manera detallada los debates actuales, los problemas, las crisis, pero también los horizontes de posibilidad que existen en el camino de una perspectiva teórica renovada sobre la modernidad como estado actual planetario, y de una perspectiva teórica renovada sobre los seres humanos que compartimos este momento histórico y este espacio común: el mundo moderno. ¿En qué

sentido renovada? En su decisión de confrontar perspectivas filosóficas-sociológicas cerradas sobre el escepticismo.

Es evidente que las notas expuestas en esta reseña dan cuenta de manera muy limitada de este esfuerzo reconstructivo. Hemos escrito algunas palabras sobre dos de los pilares argumentativos: conciencia del mundo y humanismo. Pero otro tanto deberá también decirse en otra ocasión y otro lugar sobre al menos otras dos nociones que atraviesan el libro, estas son las nociones de crítica y de experiencia. Ambas nociones se articulan con aquellas primeras que hemos comentado para la construcción de un discurso teórico y conceptual original que Kozlarek encamina a la propuesta específica de una sociología global. Dice Kozlarek:

(L)a frase ‘descubrimiento del Nuevo Mundo’ puede tomarse en nuestro contexto casi a la letra. [...] Ahora bien, el enorme reto que hasta la fecha no se ha cumplido implica que ese mundo nuevo tiene que devenir, por primera vez en la historia de la humanidad, en un mundo de todos los seres humanos (p. 27).

La comprensión de un mundo de todos los seres humanos, ese es el proyecto.

